

# LA TERTULIA.

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.

10 CTS.

DOMINGO 17 DE MARZO DE 1850.

N.º 90.

## SEGUNDA CURA DEL SEÑOR TAJUECO.

### RÉCIPE.

*Tytire tú patule &c.*

VIRGILIO.

El señor Tajueco en el mes de junio del año último nos entregó una poesía intitulada *Mi adios á Cádiz*. Este adios de despedida fué escrito por el poeta en el instante de la llegada.

Han pasado nueve meses, y en ellos, como el público puede presumir, la escasesa abundancia de materiales, nos ha impedido insertar en las columnas de *La Tertulia* la referida poesía: no sin dolor nuestro.

Entra, pues, el señor Tajueco y dice:—

*Que en las pintadas góticas murallas de Cádiz templará las cuerdas de su plectro.*

Suplicamos á los lectores que tengan la bondad de pasear el recinto y ver si son góticas las murallas de Cádiz.

Esto prueba los conocimientos arquitectónicos del señor Tajueco.

Este vate dice: *Que nada le importa que aplaudan sus cantares los cien palacios donde no ha nacido*. De forma, que el señor Tajueco está en la persuasión de que en los palacios de los reyes, de los grandes ó de los obispos y aun arzobispos se están aplaudiendo sus inmortales obras.

Dice que los recuerdos de su amor *van con él como marcha en derredor del parricida la sombra de su padre*.

Dice que la flor esconde su *matizado broche entre razimos de cristal*.

Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo.

Y cómo si lo entiendo: mientes, Fabio, que yo soy quien lo digo y no lo entiendo.

Llama á la luna *astro opaco de zafir y plata*.

El zafir es *piedra preciosa de color cerúleo, que tiene varios puntillos dorados y algunas veces purpúreos*.

Es decir, segun el señor Tajueco, que la luna, como semejante al zafir, tiene sus puntos dorados.

No contento de esto llama luego á la misma luna:

*Bello rubí del nocturnal capúz*. El rubí es *piedra por lo comun de color rojo de rosa ó de carmin*.

De modo que la luna, para el señor Tajueco, es roja.

En cambio dice que es rubí del *nocturnal capúz*.

Rubí no será la luna; pero esto para el señor Tajueco es un reverendo *capúz*.

De las cornejas nos cuenta el señor Tajueco que *silvan y no graznan*.

Añade que *el viento desprendido de los mares enredará su rubia cabellera*.

De manera que el viento sale del seno del mar. De aquí se infieren los conocimientos que en física tiene el señor Tajueco.

Añade que *templará su citara de fuego al pié de sordida ventana*.

*Sórdida*, en castellano, es cosa *sucia ó metafóricamente hablando, impura, indecente, escandalosa*.

Vaya, pues, enhoramala esa ventana cochina, indecente y escandalosa; que en verdad no merece oír la citara de fuego del amigo señor Tajueco.

Pero en descuento este poeta dice que no cruzen por su *herborosa mente recuerdos de placeres; que del mundo se han eclipsado los primores; que aguarda la tumba como reo con victo; que camina en pos de la muerte; que cuando borbote su lengua el adios postrimer, borbotará para mengua eterna del señor Tajueco el adios de una muger; y en fin, que quiere que entre las lindas moradoras de Cádiz guarden un recuerdo no mas y un atahud.*

Esplíquese el señor Tajueco y diga el sitio en que quiere que el atahud le sea guardado entre las lindas gaditanas. ¿Sin duda, en los salones del Casino en una noche de baile?

De todo lo dicho se infiere que en esta poesía no hay mas que el ruido de las palabras y el retintín de los versos. Allá vá, para que el público se conveza de la verdad de nuestro juicio.

### Mi adios á Cádiz.

Adios, adios, ciudad de mis amores,  
adios, señora del tendido mar,  
ya no veré en tus torres sus fulgores  
al astro de la vida derramar.

No en tus pintadas góticas murallas  
de mi plectro las cuerdas templaré  
para cantar ibéricas batallas,  
como en un tiempo que voló canté.

Ni dulces trovas de mi acorde lira,  
tus céfiros sutiles llenarán;  
ni las endechas que el amor inspira  
tus nítidas huris escucharán.

¿Qué fueron ¡ay! ciudad de mis delicias  
de aquellas horas de infantil edad?  
¿Qué fueron de una madre las caricias?  
¿Qué fué de una doncella la beldad?

Tiende otra vez el pañorama agosto:  
preséntame otra vez su esplendidez,  
que para el hombre que padece es justo  
vuelvan las horas de sin par niñez.

¿Qué me importa que aplaudan mis cantares  
los cien palacios donde no nací?  
¿Qué me importa si el bello Manzanares  
es nada con su corte para mí?

Alcázares dorados no ambiciono

ni templos de traidora liviandad,  
que la pobreza de virtud es trono  
y velo el oropel de la maldad.

¡O Gades, Gades, cercarán mi vida  
los téticos recuerdos de mi amor,  
como marcha de flebil parricida  
la sombra de su padre en derredor.

Yo escucharé, yo escucharé en la noche  
un dolorido acento virginal,  
cuando la flor su matizado broche  
esconde entre razimos de cristal.

Y el astro opaco de zafir y plata  
bello rubí del nocturnal capuz,  
veré como en tu piélago retrata  
confusa y vaga moribunda luz.

De la corneja el lúgubre silvido  
los rústicos espacios poblará,  
y el viento de los mares desprendido  
mi rubia cabellera enredará.

Y en tanto al pié de *sórdida* ventana  
mi cítara de fuego templaré,  
y el astro portador de la mañana  
trovas cantando despuntar veré.

Ilusion! ilusion! delirio ardiente.  
Fantasma de otro mundo en que nací,  
no hagas cruzar por mi *herborosa mente*  
recuerdos de placeres que perdi.

Ya se agostaron las garridas flores,  
la brisa juguetona enmudeció:  
del mundo se eclipsaron los primores,  
el tiempo mis delicias consumió.

Ora la tumba, cual convicto reo,  
tranquilo aguardo del eterno Dios:  
corro al peligro dó el peligro veo,  
siempre camino de la muerte en pos.

Cuán dulce es el morir para quien tiene  
viva la antorcha de la santa fé:  
un mundo se imagina refulgente  
y dichas sueña como yo soné.

No para mí, que al borbotar mi lengua  
el adios moribundo postrimer,  
borbotará para mi eterna mengua  
el adios mundanal de una muger.

Gades, adios, ciudad de mis amores,  
nítida estrella del undoso mar,

ya no veré en tus torres sus fulgores  
á un Dios de los gentiles derramar.

Tú que en mi pecho atormentado miras,  
tú que escuchaste mi infantil laud,  
guárdame entre tus lindas moradoras  
un recuerdo no mas y un atahud.

EMIGDIO TAJUECO Y GALLARDO.

---

JUAN PERILLAN.

---

NOVELA ORIGINAL.

### Capítulo cuarto.

*En que se prosigue refiriendo lo que verá el  
amantísimo lector.*

Casi no habia hecho Macías mas que pronunciar el nombre de Perillan, cuando éste, impulsando la mampara, entró en la habitación en que se hallaban los dos amigos. Cualquiera habria imaginado que estaba escuchando la conversacion; pero no resultan pruebas que así lo justifiquen; de manera, que debemos decir que la prontitud del criado fué hija de su ligereza y solicitud por el buen servicio, y no por malas mañas propias de sirvientes inquisidores. Señor, dijo al entrar; ¿me llamaba usted?—Sí, respondió Macías, pasa adelante.—Y siéntate añadió don Luis, indicándole una silla á él cercana.—Perillan tomó asiento con cierta especie de cortedad y modestia muy recomendables en los criados, y no bien se hubo sentado, cuando don Luis, que no habia cesado de contemplarlo, exclamó:—Por mas que quiero conocer esta fisonomía, no recuerdo en dónde la he visto antes de ahora; pero juro, que no me es desconocida. Dí, continuó dirigiéndose á Perillan, ¿me conoces tú á mí?—Sí señor, respondió.—¿Y de dónde? repuso don Luis.—De la cárcel, dijo el criado.—

¡De la cárcel! ¡Ah ya caigo... hace seis años... Sí... tu servias allí á un amigo mio.—Así es; yo servia al marqués de la Granda, sujeto venerable y cuya memoria siempre tendré gravada en el corazon.—Esto, repuso Macías, vá picando en historia: el marqués de la Granda era un hombre eminente en saber y en liberalismo.—Señor, replicó Perillan, referiré á ustedes mi conocimiento con él y el porqué entré yo á servirle. Cuando se cria un muchacho á la buena ventura, sin padre que lo corrija, ni madre que lo cuide, nó es extraño se vea alguna que otra vez en la cárcel pública, si no por delitos propios al menos por culpas ajenas. Tal me sucedió á mí. Me hallaba preso, cuando lo fué tambien el señor marqués, y necesitando un criado que lo cuidase, me llamó un dia el alcaide y me llevó á la presencia de aquel, diciéndole: «aquí tenéis un muchacho listo á quien mandar lo que gustéis.» Miróme el marqués atentamente y no le hube de desagradar, segun lo que despues comprendí por lo mucho que me favoreció. Me parece que aun lo estoy viendo! De venerable aspecto, noble fisonomía, cabello cano y mostrando una calva que lo hermoscaba á mis ojos, me hizo experimentar una sensacion de respeto, que jamás habia tenido en mi pasada vida. Era de aquellos hombres que no pueden mirarse sin una especie de santa devocion, porque en su semblante ha depositado Dios sin duda alguna cierta dulzura, capaz de calmar los susabores del ánimo mas afligido y atormentado.—Bueno! gritó don Luis; Perillan se eleva! Por Dios que su lenguaje no es de un hombre vulgar!—Pero ¿porqué has cortado el hilo de su discurso? repuso Macías. Desde que me sirve no he tenido nunca ocasion de oírle hablar tan detenidamente y con semejante elocuencia.—La elocuencia, señor, dijo Perillan, es muy natural cuando no es uno quien habla, sino los agradecidos sentimientos del corazon. El buen marqués fué para mí mas que un padre. Yo no habia recibido educacion alguna; abandonado á mí mismo pasé los primeros años de mi vida, de una manera que recuerdo con vergüenza. El señor marqués en los dos años que estuve preso en su compañía me enseñó á leer y á escribir, y algunos útiles conocimientos. Una cárcel es lugar apropósito para aprender. El marqués tenia don de enseñanza; se deleitaba en mis adelantos y yo me aplicaba para proporcionarle semejante satis-

faccion. Mas de una noche la pasamos hablando y discutiendo, porque él decia le gustaba oírme disputar: se reía y me proponia cuestiones, que, cuando con mi luz natural y los conocimientos ya adquiridos no podia yo resolver, se complacia en explicármelas una y cien veces, hasta no dejarme nada que dudar.—¡Oh! y el marqués era todo un sábio!. repuso Macias.—Si señor, era un sábio, dijo Perillan. Yo no practicaba gestion alguna para que se me echára de la cárcel; en ella hubiera pasado tal vez diez años sin desear la libertad; porque la libertad de mi espíritu la estaba allí conquistando, y poco importa la prision del cuerpo cuando á su costa se compra la emancipacion, la luz del alma.

—Bravo! dijo don Luis; hé ahí una máxima que pudiera muy bien vogar su remo entre las mejores del mejor tratado de moral.—Así es, repuso Macias; ignoraba el tesoro que tenia en mi casa; desde hoy no serás mi criado, amigo Perillan: hombres como tú valen mucho, y en vez de obedecernos deben honrarnos con su amistad. Pero ¿cómo es que así te encuentras en la situacion presente, cuando á otros de menos mérito que tú se les vé brillar en la sociedad á muy poca costa?—¡Ah señor! dijo el criado. El buen marqués salió de la cárcel á poco tiempo de entrar en ella don Luis.—Es verdad, repuso ésto, á ambos nos comprendió la amnistia y salimos juntos.—Pues bien: replicó Perillan: tambien me vi en la calle; mas sin ningún recurso para ganar mi subsistencia. El marqués me acogió en su casa; pero falleció repentinamente á los ocho días, encontrándome de nuevo solo y abandonado: ya me repugnaba mi vida anterior; tenia necesidades del espíritu que satisfacer; tenia sed de saber y así me puse á servir para hallar mi subsistencia asegurada, y con el salario proporcionarme algunos libros en que estudiar. He servido á varios señores, hasta que por fortuna vine á parar á esta casa, en donde he tenido la ventura de hallar un amo como el que yo deseaba hace mucho tiempo.—Perillan acompañó esta palabra de una espresion de ternura y agradecimiento tal, que los dos amigos se conmovieron. El que media hora antes entraba en la habitacion para ser mandado, ya tenia avasallados con su lenguaje á los mismos que habian de mandarlo. Este es el privilegio de la inteli-

gencia, privilegio que se ejerce no solo en las grandes sociedades, sino en cuanto se juntan dos personas por breve tiempo. No parecia sino que Perillan habia descubierto el mejor flanco por donde atacar con buen éxito á sus interlocutores, segun el resultado simpático y sorprendente que en ellos consiguió. Jóvenes los dos, y ambos de entusiasmo y de noble carácter, habian de dejarse arrastrar por todo lo que presentára cierto colorido de maravilloso y de sublime, y no hay duda que la historia referida por Perillan tenia mucho de las dos antedichas circunstancias.

—Guardó silencio nuestro héroe, y los amigos le miraron por algunos instantes, cuando don Luis, dando de pronto una palmada, exclamó:—En suma, es el hombre que necesitamos, y me aplaudo de mi buena eleccion. Perillan, te voy á conferir una comision sumamente delicada; pero que es fácil para tu ingenio y perspicacia.—Corriente, dijo Perillan; y doy á usted gracias por haberse acordado de mí para servirlo en cosa de utilidad.—No mia, sino de la patria, repuso don Luis; pero ante todo es preciso que me respondas: ¿qué opinion política profesas?—Y yo á mi vez pregunto á usted: ¿qué opinion profesaba el señor marqués?—¡Magnífico! exclamó don Luis; es decir, que todos abrigamos unas mismas ideas. Tenemos, pues, la mitad del camino adelantado. Ahora bien, y ya que contigo se puede entrar en reflexiones; tú sabes que impera una tiranía brutal contra la que deben revelarse todos los buenos patriotas.—Si señor, dijo Perillan.—Pues bien; en Sevilla hay un obstáculo para la realizacion de semejantes deberes, y ese obstáculo es preciso que tú lo hagas desaparecer.—Pero explíquese usted, repuso el criado.—Allá voy: el obstáculo es el baron de Amalte, gefe, segun me consta, de la policia secreta. Es preciso que te introduzcas en su casa en calidad de criado, que averigües uno por uno todos sus pasos y sus confidentes, que descubras sus relaciones en la corte, y sobre todo que procures medios de enterarte de cuanto sepa acerca de los trabajos que los patriotas están haciendo para sacudir el férreo yugo del presente despotismo.—Espinosilla es la comision, dijo Perillan; pero la acepto en obsequio á la memoria del marqués, que tantas veces y tan buenas cosas me predicó contra los tiranos. Precisamente, como consta á mi amo, tengo fácil entrada en

casa del señor baron: mi madre es la cocinera, y de ella nos valemos los dos para asuntos de mucha importancia. —Aquí todos tres se miraron dando á entender que se comprendian mutuamente. —Adelante, dijo don Luis. —Pues señor, añadió Perillan, á eso de las doce pondré manos á la obra. Es necesario que entre á servirle, porque lo que puedo averiguar por mi madre es bien poco. Para esto dejaré esta casa, no sin que mi amo me prometa recibirme de nuevo en cuanto concluya mi comision. — ¡Cómo si te recibiré! dijo Macías: ya te he dicho que en adelante te considero, no como á un criado, sino como á un amigo predilecto. Y con tanto mas motivo es esto, cuanto considero que vás á casa de mi querida Sabea, en donde al propio tiempo que sirves al proyecto de don Luis, me servirás á mí tambien en lo que mas desco.

Convenido: nada tray ya que decir sobre el particular, repuso Perillan; pero se me olvidaba ¿con quién me entiendo yo para referirle lo que descubra? — Conmigo, respondió don Luis: al efecto todos los dias vendré á esta casa á eso de las oraciones. — Iba Perillan á retirarse cuando Macías lo detuvo y le entregó la carta que hemos en el artículo precedente, la cual tomó el criado y volvió la espalda leyendo el sobreescrito. Los dos amigos lo vieron partir y don Luis exclamó: — No en valde yo aseguraba haberlo conocido antes de ahora. Mientras nos contaba su historia he ido refrescando especies y me acuerdo de algunas circunstancias de ese mancebo. Entre otras cosas me refirió el marqués que el recibirlo por criado en la cárcel, fué porque era el muchacho mas travieso que en ella habia; que cuando se hizo cargo de él estaba corrompidísimo: era un jóven que sin remedio pararía en el patibulo; elogiándole su talento y claro ingenio. No he querido recordarle estas cosas por no sonrojarse. — E hiciste bien, replicó Macías, hay ciertas épocas de la vida en que, no digo esos muchachos abandonados, sino los de mejor educacion, se extravian con mas ó menos perversidad, á cuya época llamo yo la calentura de la razon. Pero hablando de otra cosa: ¿sabes algo del herido? — No sé nada desde anoche en que continuaba de gravedad.

Ya cuando don Luis pronunciaba estas palabras se habian los dos amigos dispuesto para salir á la calle. Dejaron aquella habitacion,

y despidiéndose de Perillan, tornando don Luis á encargarle el mayor cuidado en el asunto del baron, y Macías á encarecerle la carta de Sabea, bajaron la escalera y se encontraron en la calle, no siendo apenas las ocho de la mañana.

Las diez serian cuando Perillan, mas bien vestido de lo regular, salia tambien de la casa, habiendo antes hecho con la carta de Macías lo propio que le hemos visto practicar con las anteriores; es decir, que la copió imitando tan perfectamente la original, que nadie se atreviera á distinguirla de la falsa. No se dirigió á la casa de Sabea, aunque así era de creer por los encarecimientos de Macías al darle la carta, sino que despues de rodear muchas calles llegó al puente de Triana. Entró en el barrio del mismo nombre, á la otra parte del rio, y atravesando media docena de callejuelas, pisó el umbral de una alegre casita cuyo limpio y aseado patio, rodeado de arriates, estaba hermosecado de mil flores distintas y fragantísimas. — Amparo! dijo Perillan; y gritando: — ¡Adelante! se presentó en la mitad del patio una linda jóven que á la logua manifestaba ser de las de rumbo y salero, y con mas airo que un vendabal. — Nene, entra, dijo á Perillan, y éste le preguntó: — Escucha, ¿ha venido aquel sujeto?... Ahí está, mas sentado que un pan de tres dias; me ha pegado un toston de una hora, y yo aguanta que te aguanta hasta que tú vinieras. Mira, otra vez no me mandes aqui esas caras de pesadumbre. — Amparo habia llegado al umbral y tomado de la mano á nuestro héroe, conduciéndole á la sala, en la cual entraron alzando una cortina de imperial con faralares de musolina recién labada y planchada. — ¡Dios guarde á usted! dijo Perillan á un hombre alto, delgado, con espejuolos y vestido de negro, el cual respondió poniéndose de pié y haciendo un reverente saludo.

F. S. DEL ARCO.

(Continuad.)

## ADIOS POR SIEMPRE.

Mecces

I.

ADIOS, hermoso sueño,  
De amor y bienandanza;  
Murió ya la esperanza,  
Murió ya la ilusion.  
Seas tú ó no dichosa,  
Sea adverso ó no mi hado,  
El fallo está ya echado.  
—Adios por siempre—Adios.

II.

Corrido el mundo hubiera,  
Descalzo y entre abrojos,  
Por evitarte enojos,  
Por conservar tu amor.  
Cuán dulce mi existencia  
Contigo hubiera sido;  
Mas ¡ay! no lo has querido.  
—Adios por siempre—Adios.

III.

Cuando la muerte acabe  
De mi dolor la historia,  
Y tú ni la memoria  
Conserves de mi amor:  
Del fondo de mi tumba  
Vendrá un remordimiento  
A herir tu pensamiento.  
—Adios por siempre—Adios.

IV.

Y si alguien murmurare  
Amores á tu oido,  
Saldrá de su hondo olvido  
El eco de mi voz,  
Verás en estos versos  
Con lágrimas escritos,  
De mi dolor los gritos.  
—Adios por siempre—Adios.

Febrero 28.

## TEATRO PRINCIPAL.

Por tres veces se ha puesto en escena en la última semana la ópera cómica del señor Soriano Fuertes intitulada el *Tío Caniyitas*, y todas tres noches ha estado el teatro concurridísimo, especialmente la primera, que como ha dicho muy bien un periódico de la plaza, fué de aquellas que pueden formar época. La novedad de la funcion y los nombres de los autores del libreto y de la composicion música, auguraban ya muy buen éxito; y con efecto no ha dejado de ser satisfactorio para ambos autores, pues además de los repetidos aplausos que han merecido en las tres representaciones, fueron llamados á la escena por el público los señores Sanz-Perez y Soriano Fuertes; justa recompensa al ingenio y á la laboriosidad. Sin embargo de que el argumento del *Tío Caniyitas* sea sumamente sencillo, los chistes de que abunda, como en todas las composiciones del señor Sanz-Perez y los buenos cuadros que sabe presentar en la escena, son mas que suficiente para cautivar la atencion del público; y si á ello se agrega una música popular, en la que graciosa y oportunamente se reunen ciertos aires nacionales, dándole al conjunto un colorido original, fácil es comprender que hubo razon para que los espectadores quedasen muy complacidos y aplaudiesen al autor de un género de composiciones enteramente distintas de las que estamos acostumbrados á oír. Porque tambien es menester confesar que lo que mas agrada al hombre son impresiones nuevas, y seguramente lo son las que produjo el *Tío Caniyitas* á las personas que están acostumbradas á escuchar otro género de composiciones músicas.

Por otra parte, es indudable que la del señor Soriano Fuertes, segun la opinion de varios inteligentes vale en muchos conceptos, pues solamente la buena instrumentacion prueba la gran inteligencia del autor en la parte artística. La introduccion es de indisputable mérito, y fué por lo tanto justamente aplaudida.

Mucho han agradado la mayor parte de las piezas; pero la que arrancó multitud de bravos y aplausos, aquella cuya repeticion ha pedido el público en todas tres noches, fué el duo del segundo acto entre *Repampliyao* y *la Gitana*,

L.

cantados por el señor Rizo y la señora Revilla. No escitó poco la risa el ária del inglés del mismo acto, especialmente por el originalísimo y caprichoso acompañamiento. El final es así mismo de mucho efecto, sobre todo el ária coreada del *Tío Caniyitas*, cuando lo sacan de la fragua hecho un elchibarron.

Reciban, pues, el señor Sanz-Perez y el señor Soriano Fuertes nuestra mas sincera felicitacion por la buena acogida que ha tenido en Cádiz la nueva composicion de estos distinguidos autores.

En cuanto á la ejecucion, fué mejor de lo que era de esperar de una compañía cuyos individuos no tienen pretensiones de cantantes. La señora Revilla, aun cuando tiene poca voz, encantó con su gracioso decir y con sus modales verdaderamente gitanescos. No es posible hacer en la parte cómica el papel de gitano con tanta propiedad y perfeccion como lo ha desempeñado la graciosísima granadina. El señor Luna no solo comprendió y ejecutó perfectamente el papel de *Tío Caniyitas*, sino que cantó como lo hubiera hecho un cantante de profesion. Jamás se desentonó; además su voz es buena, clara y bastante agradable. Demás es decir que ambos actores fueron muy repetidas veces aplaudidos. Bien desempeñada estuvo tambien por el señor Ferrer la parte correspondiente al inglés. El señor Rizo, á quien se confió el papel de *Pepiyo Repampliyto* ó de amante correspondido de la gitana, tiene una voz dulce de tenor y bien manifestó que no le era desconocida la musa Euterpe, la cual no ha dejado de favorecerle en esta ocasion.

Las otras partes, aun cuando mas subalternas, han contribuido mucho al buen éxito de la representacion de la ópera cómica.

---

## Miscelánea.

---

NOTICIAS LITERARIAS DE LA CORTE.—Nuestro amigo el esclarecido orientalista é infatigable erudito don Pascual de Gayangos, ventajosamente conocido en Europa por su *Historia de las dinastías mahometanas en España*, obra que escribió en lengua inglesa, se ocupa en trasladar á la castellana la *Historia de la litera-*

*tura española*, que acaba de dar á luz el célebre anglo-americano Mr. George Ticknor. El trabajo del señor Gayangos no se reduce á hacer de esta obra una traduccion española, sino tambien á ilustrarla con muchas notas y á desvanecer algunos errores críticos y bibliográficos en que ha incurrido Mr. Ticknor.

El escelentísimo señor don Pedro José Pidal ha resuelto publicar á sus espensas el célebre *cancionero de Juan de Baena*, (obra del siglo XIV que hasta ahora ha permanecido inédita en la biblioteca del Escorial.) El señor don Eugenio de Ochoa y don Pascual de Gayangos son los encargados de dirigir la publicacion de esta obra, la cual saldrá á luz con la mayor correccion y elegancia posibles, segun se infiere de algunas pruebas que nos han sido remitidas desde la corte.

El señor don Mannel Breton de los Herreros vá á dar á la estampa tambien una completa coleccion de sus obras líricas y dramáticas.

Dentro de poco se publicará el cuarto y último tomo del *Teatro de don Pedro Calderon de la Barca*, obra cuya direccion ha estado á cargo del señor don Juan Eugenio Hartzenbusch. En este tomo, por apéndice, verá la luz pública una coleccion de poesías de Calderon, ordenada por don Adolfo de Castro, y distinta de la que este señor formó en 1845.

—POESIA.—En el próximo número insertaremos una preciosa elegía que nos ha facilitado para este objeto nuestro apreciable y estudioso amigo don Joaquin Diaz Tezanos.

—Junto á una peluquería situada en la calle de la Verónica, se lee un cartel que empieza así: «VAPOR SANGUIJUELAS &c.» Esto puede significar dos cosas: ó bien que se acaba de construir un nuevo vapor llamado Sanguijuelas, de lo cual debemos congratularnos como amantes de la prosperidad de nuestra marina, ó bien que se ha ideado un medio de sustituir el vapor á las sanguijuelas, de cuyo descubrimiento debe estar muy agradecida una gran parte de la humanidad doliente. Ya en los periódicos de Madrid habíamos leído que se habian inventado unas sanguijuelas mecánicas, con cuyo auxilio se hacia en la piel una muy pequeña cisura triangular, logrando el mismo efecto que con las picadas de estos venenosos animalitos, sin emplear tanto tiempo

en esta operacion. Pero sin duda en Cádiz se ha llevado mas léjos el adelanto, empleando el vapor que es preferible bajo todos conceptos á cualquier otro mecanismo. Lástima que el modesto autor de tan grandioso invento haya dejado oculto su nombre, que cual el de otro Jenner, era digno de que pasara á la posteridad,

—Un periódico de Barcelona refiere el siguiente lance ocurrido en un baile de máscaras de aquella ciudad:

«En uno de los bailes que han tenido lugar en el Liceo, presentóse sin disfraz una jóven pareja cuya felicidad alumbraban todavía los destellos de la luna de miel. Cuando mas distraída se hallaba enmedio de aquel laberinto, acercósele un dominó encarnado del género masculino, especie de Lucifer evocado al mundo para torturar á los mortales.

—Conoces bien á tu muger?

—Toma, si la conozco, y *aún* mas muy á fondo.

—Pues te engañas, porque si la conocieses bien....

—Qué? qué? habla.

La esposa se sorprendió.

—Para que te persuadas de que no la conoces, sabe que me ha amado antes que á ti.

—¿Cómo es posible, si me ha jurado que me consagraba su primer amor? Máscara, tú me estás embromando.

La esposa palideció.

—Sabe también que le he dado mas besos que no podrás darla tú en veinte y cinco años de matrimonio.

—Pérfida! Cuando me ha jurado que no se habian impreso en sus mejillas los lábios de otro hombre.... Máscara, déjate de pullas, porque me voy incomodando.

La esposa tembló.

—Sabe mas aun: la muger á quien has dado tu nombre ha compartido el lecho conmigo.

—Infame! Cuando me ha jurado cien veces que.... Máscara, no puedo mas: la sangre se agolpa á mis ojos.... y.....

La esposa se estremeció.

—Ahora, *in testimonium veritatis*, en prueba de todo cuanto te he revelado, examina bien á tu muger, y en sus caderas verás una

peca como un garbanzo, que á mi vez la he visto también

—Ah!.... maldito.... Pronunció el marido estas palabras con un acento de desesperacion, y cogiendo á la máscara por el cuello, la entregó al guardia civil mas inmediato para que la condujese al palco de la presidencia, bajo el pretexto de haberle insultado.

La esposa se desmayó.

Comparecieron luego los tres ante la autoridad, y enterada ésta del suceso, mandó á la máscara que se quitase inmediatamente la careta. Despues de sérios altercados que produjo la obstinacion afirmativa del uno y la resistencia negativa del otro, á cumplir iban los alguaciles por sí aquel mandato, cuando el incógnito, temeroso no tuvo otro recurso que apartar el carton que le cubria. Pero ¿á quién creerán nuestros lectores que reconoció el marido? A su suegro, y naturalmente la esposa á su padre, con lo que ambos quedaron completamente tranquilos, volviendo ella al momento de su desmayo.»

—EL SEÑOR BAZZINI.—Un amigo nuestro que acaba de llegar de Sevilla, y que ha tenido el gusto de oír al muy distinguido violinista señor Bazzini en el concierto que dió el dia 12 en aquella ciudad, nos asegura que es un artista de extraordinario mérito y que en concepto de todos los inteligentes, deja muy atrás al célebre Bianchi. Que su ejecucion es sorprendente, su gusto delicadísimo: que entre las piezas que tocó, la que produjo en el público mayor entusiasmo fué el *Carnaval de Venecia* con nuevas variaciones por el mismo señor Bazzini. Mucho deseamos oír á tan eminente artista, y nos alegraríamos que tocára también en Cádiz esta pieza, en la que tanto admiró el señor Bianchi, porque de esta suerte seria mas facil hacer un juicio comparativo entre tan distinguidos artistas.

---

CADIZ: 1850.

Imprenta de Don Francisco Pantoja, calle de la Aduana, número 20.